



Suriano, Juan

En defensa de los oprimidos : el anarquismo y la formación de una cultura de izquierda en la Argentina.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.

Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Suriano, J. (2002). *En defensa de los oprimidos: el anarquismo y la formación de una cultura de izquierda en la Argentina*. Prismas, 6(6), 167-177. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2810>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

En defensa de los oprimidos

El anarquismo y la formación de una cultura de izquierda en la Argentina

Juan Suriano

UBA

La aparición y desarrollo del anarquismo, así como de otras corrientes de izquierda, en el país coincide en el tiempo con la propia formación de aquello que se ha denominado “Argentina moderna”. Desde fines de la década de 1870, llegados junto a las corrientes inmigratorias provenientes de Europa, circularon en el país individuos (sin duda, el más famoso de ellos fue Enrico Malatesta) que difundieron las ideas y principios libertarios, editaron folletos, libros y periódicos y conformaron grupos de acción y discusión. La gran mayoría de estos activistas y divulgadores adherían a las corrientes individualistas de un movimiento anarquista europeo que, después del fracaso de la Primera Internacional y de la dura derrota de la Comuna parisina, se habían replegado a una militancia ultraindividualista con un fuerte sesgo hacia la acción terrorista, aunque en la Argentina la adhesión al terrorismo fue retórica y no práctica.

El anarquismo de este período tuvo escasa influencia tanto entre intelectuales con preocupaciones sociales como entre los sectores populares puesto que, acorde con su visión elitista de la lucha social, no se proponía ganar a las masas. No obstante, esta estrategia aislacionista y cerrada en sí misma de alguna manera puso en locución los principios libertarios básicos, que no cambiarían a lo largo del tiempo; aun cuando las corrientes pro organizado-

ras ganarían la polémica interna y lograrían una notable simbiosis con los sectores populares, estos principios básicos remiten centralmente a la fe absoluta en la libertad individual, la impugnación de la autoridad y del poder así como también de la religión y de la formación y existencia de las naciones. A partir de estas convicciones el anarquismo combatiría de manera frontal y sin matices al Estado, al sistema de representación política (parlamentarismo), al ejército como custodio de la nación y de los intereses burgueses y a la iglesia.

Al comenzar el siglo XX el anarquismo local salió de su ostracismo y se produjo su despegue, cuya virtud principal fue articular y combinar las expresiones y las fuerzas sociales más heterogéneas a través de su inserción en las sociedades de resistencia, de la creación de una infinidad de centros y círculos culturales, escuelas, bibliotecas y periódicos. Sin olvidar el significativo rol desempeñado por el socialismo o, más tarde, el sindicalismo, el anarquismo se convirtió durante un breve lapso de tiempo ocupado centralmente por la primera década del siglo XX en la fuerza contestataria más importante de la sociedad argentina. Y como tal anticipó e inauguró numerosas ideas y prácticas inexistentes hasta ese entonces en la sociedad argentina, muchas de las cuales fueron adoptadas por diversos sectores de la izquierda argentina y

convertidas en tradiciones de la cultura de izquierda que han perdurado hasta la fecha: la noción de un mundo alternativo, las formas de compromiso militante, las ideas de insurrección y rebelión social, las prácticas solidarias, la difusión de ritos y símbolos como la bandera roja o la conmemoración del Primero de Mayo, la prensa obrera y contestataria así como las formas de definir al enemigo y confrontar con los grupos dominantes.

En esta comunicación voy a detenerme en este último aspecto. Esto significa analizar, ante todo, cómo definía el movimiento libertario¹ el campo popular (el conjunto de los oprimidos) y, en sentido contrario, cuál era la percepción del enemigo (los opresores), pues el anarquismo, a diferencia de las diversas corrientes provenientes del marxismo predominantes en la Segunda Internacional y que marcarían en buena medida el derrotero de la izquierda argentina, concebía el enfrentamiento social de manera diferente, si se quiere de manera más universalista o policlasista, y relegaba la lucha de clases y la propia identidad de clase a un segundo plano.

De manera generalizada, la historiografía sobre los trabajadores y la izquierda ha tendido a subsumir la experiencia de las corrientes anarquistas en nuestro país entre las tendencias específicamente obreras, aunque el anarquismo parece haber sido algo más que eso. Sin negar que su discurso apelaba esencial-

mente a los trabajadores en tanto éstos eran los sectores más oprimidos de la sociedad y que sus prácticas alentaban la lucha de clases, el mensaje libertario pretendía ser universalista y no clasista: “La revolución que nosotros preconizamos –sostenía Ricardo Mella– va más allá de tal o cual clase, quiere llegar a la liberación completa e integral de la humanidad”.² El clasismo implicaba para ellos subordinar el individuo a las clases superiores y esta idea era percibida como autoritaria y represora de las libertades individuales. Ahora bien, si esta concepción no clasista estaba en la base de la doctrina anarquista, las prácticas políticas y sociales específicamente orientadas a los trabajadores operaron sobre la misma complejizando la idea de clase social, provocando tensiones sobre una producción discursiva que a veces se tornaba ambigua y hasta contradictoria. Esta peculiar forma de percibir las clases y la lucha de clases provocó constantes debates internos y problemas concretos para orientar a los trabajadores y al propio movimiento obrero que contribuyeron a conformar.

Esto fue así porque el movimiento libertario los representaba y los contenía a todos y no transitaba una sola línea doctrinaria sino varias simultáneamente. Un verdadero caos doctrinal en donde individualistas, colectivistas, comunistas, organizadores, antiorganizadores, partidarios y adversarios de las vías violentas, así como otras posturas enfrentadas se identificaban y rechazaban en el heterogéneo y variado mosaico del anarquismo porteño. Quizás esta característica hacia el matiz y la mezcla, en tanto ampliaba el marco de interpelación, haya sido un motivo de atracción y una de las causas del arraigo que este movimiento consiguió entre aquellos trabajadores más radicalizados o quienes se

¹ Para la definición del anarquismo como un movimiento político me he valido de la definición de Gianfranco Pasquino, quien sostiene que

[...] una definición correcta de movimiento político debe hacer palanca sobre dos elementos de la expresión: Movimiento se diferencia de partido, especialmente, e indica la no institucionalización de una idea, de un grupo, de una actividad. Político se refiere a los objetivos del movimiento, a su actuar en la arena de las decisiones colectivas, a su intento de poner en el banquillo a los detentadores del poder [...] (Gianfranco Pasquino, “Movimiento político”, en N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1994, t. II, p. 1014).

² Ricardo Mella, *La lucha de clases*, Buenos Aires, B. Fuego Editor, s/f, p. 5.

mostraban descontentos con la situación económica y social imperante en la sociedad argentina de entonces. No caben dudas de que la amplitud y laxitud doctrinaria le permitieron abarcar buena parte del espectro contestatario, en tanto podía albergar en su seno una amplia variedad de tendencias y opiniones sin estar encorsetados en los marcos de un partido.

Esta amplitud se relacionaba con la heterodoxia clasista sustentada por los anarquistas. Al contrario de las diversas corrientes comunistas y socialistas influidas por el marxismo, la definición de las clases y la lucha de clases no constituía un problema central. Puede sostenerse que la doctrina libertaria era vagamente anticlasista y negadora de la conciencia de clase marxiana al sustentar su tesis de participación política en la voluntad de cada individuo. Por otro lado, era populista pues aspiraba a unir a todos los sectores sociales oprimidos para liberarlos de la explotación económica.³ Pero las prácticas sociales se hallaban inmersas, casi naturalmente, en un conflicto donde primaba el enfrentamiento de clases tanto en la práctica cuanto en la producción discursiva. Y los anarquistas alentaban constantemente la lucha de los trabajadores contra los empresarios y el Estado y, por lógica consecuencia, incentivaban la lucha de clases sin ser clasistas. Sin embargo, insisto, su actitud y su mirada frente a la organización económica capitalista y a la consecuente estructura social clasista los diferenciaba nítidamente de las interpretaciones marxistas.

Para la constitución del sujeto social, la doctrina libertaria ponía énfasis no en determinadas relaciones con los medios de producción sino en las formas de opresión. Poseía, en términos generales, una dimensión moralista y universalista que la llevaba a su-

perar la perspectiva de clases e interpretar el fenómeno capitalista en términos diferentes al marxismo, desde que sus presupuestos políticos y filosóficos abrevaban centralmente en una vertiente liberal que sustentaba conceptos tales como derecho natural, igualdad, libertad o armonía. En la base de la concepción anarquista se hallaba fuertemente arraigada la idea de libertad, una libertad que tenía por objeto hacer feliz al individuo pues era un derecho natural inherente al hombre mismo que no debía ser perturbado por elementos extraños:

[...] nuestro liberalismo –sostenían– es tal que después de no reconocer la propiedad individual, admitimos que si hay quien quiere oponerse a que otros hagan uso de lo que esté detenido en su poder, que lo haga. Pero admitimos también, y sin admitirlo sucedería lo mismo, que los necesitados se valgan de los medios tan cautelosos y sanguinarios como les convenga para conseguir la satisfacción de sus necesidades, de lo que resultaría una lucha interminable.⁴

Y aunque no se descartaran muchos de los problemas planteados por el marxismo, un sector importante del anarquismo argentino reforzó el análisis no clasista a partir de la influencia de las ideas de Kropotkin, especialmente a través de las interpretaciones realizadas por los españoles José Prat y Anselmo Lorenzo, muy difundidos en los medios locales. Incluso en 1897 el mismo Prat colaboró personalmente en la creación de *La Protesta Humana*, sin duda el periódico más importante del movimiento anarquista. Más allá de las escasas referencias de la historiografía argentina al tema, parece evidente que la línea anarco-comunista de Kropotkin tuvo una amplia difusión y adhesión en los medios loca-

³ Tomo el término populismo de José Álvarez Junco, “Los dos anarquismos”, en *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, París, No. 55/57, enero-julio de 1977, p. 139.

⁴ *El Rebelde*, 11 de diciembre de 1898.

les. Y si bien es cierto que su predominio fue claro entre los *doctrinarios puros*⁵ a partir de 1905, ya en la década de 1880 sus escritos eran conocidos y difundidos en el Río de la Plata: en 1887 en Buenos Aires y dos años más tarde en Montevideo se editaban sus primeros folletos y artículos; poco después eran reproducidos en periódicos como *El Perseguido*, *La Protesta Humana*, *El Rebelde*⁶ y, especialmente, en *La Liberté*, una hoja en francés dirigida por Pierre Quiroule que reproducía *La Revolte*, orientada en el país galo por el propio Kropotkin. Durante la década de 1890 los grupos editaron varios folletos y libros. Pero el verdadero auge de las ideas de Kropotkin se generó a partir de 1905, coincidentemente con la imposición del principio comunista anárquico en el seno de la Federación Obrera (FORA) y con la publicación en *La Protesta* durante cien números consecutivos de las *Memorias de un revolucionario*.⁷

La interpretación libertaria no clasista reforzaba la idea, omnipresente en la obra de

Kropotkin, de dar menor importancia al análisis crítico de la economía capitalista, mientras centraba su atención en la condena moral. Esta concepción derivó en la elaboración de un esquema de conflicto más flexible y genérico que el sustentado por el marxismo, puesto que la causa de la división social no se hallaba sólo en el régimen de propiedad y salarios sino también en la enorme distancia cultural entre los sectores sociales. Esta brecha cultural se producía pues un actor social minoritario detentaba el saber que el otro (mayoritario) no poseía y esta cuestión excedía la contradicción clase burguesa-clase obrera para establecer, en términos de Kropotkin, una dualidad entre pobres y ricos, explotados y explotadores, desheredados y privilegiados, pueblo y burguesía. Como sostiene Álvarez Junco,

[...] al introducirse el elemento ético-cultural entre los factores de opresión o desposesión se añaden, como mínimo, dos variantes respecto del enfoque socialista clásico: por un lado se amplía el grupo de desposeídos... por otro lado, no se considera que la situación se caracterice por la progresiva polarización de las clases, sino por la creciente posibilidad de la superación de la tensión gracias a la inevitable ilustración de los oprimidos.⁸

La lucha de clases se convirtió en un concepto que, aunque frecuentemente utilizado, era casi negado por el discurso anarquista y oscurecido por otras divisiones mas amplias que condujo a un ataque a la autoridad *per se*.

Eduardo Gilimón, la figura predominante del grupo *doctrinario puro* que predominó en la redacción de *La Protesta* a partir de 1906,⁹ fue uno de los más firmes defensores de la

⁵ Ésta es una caracterización del autor a los efectos de poder distinguir los diversos sectores que tejían la enmarañada trama del movimiento libertario local. Llamo *doctrinarios puros* a aquellos activistas, especialmente intelectuales y publicistas, que defendían la doctrina desde una supuesta perspectiva ortodoxa y se comportaban casi como intelectuales orgánicos y funcionaban como una verdadera élite con el propósito de programar la línea política y de inducir a los militantes de base a aceptar las decisiones de la élite. En cambio, denomino *intelectuales heterodoxos* a aquellos sectores del movimiento, generalmente proveniente de las letras, más abiertos doctrinariamente y reacios a encolumnarse detrás de las orientaciones de los dirigentes "orgánicos".

⁶ Este periódico publicó "El concepto de revolución", *El Rebelde*, 11 a 27 de noviembre de 1898, y las "Bases Científicas de la Anarquía", durante varios meses en 1902.

⁷ Kropotkin fue el teórico europeo más transitado por *La Protesta*. Entre 1904 y 1910 aparecieron 28 artículos del autor ruso, 27 de Eliseo Reclús, 10 de Enrique Malatesta, 13 de Juan Grave (en cierta forma, los tres últimos estaban emparentados teórica e ideológicamente con Kropotkin) y sólo aparecieron tres artículos de Stirner y otros tantos de Bakunin, el mismo número que mereció Herbert Spencer.

⁸ José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 182-183.

⁹ Gilimón accedió a una posición hegemónica en *La Protesta* al desplazar de la dirección, después de una durísima disputa, al intelectual heterodoxo Alberto Ghirardo.

concepción policlasista. Si bien no parece haber tenido influencia directa en el movimiento obrero organizado, ejerció un fuerte ascendente sobre el movimiento libertario que, a la vez, orientó durante buena parte de la primera década del siglo al movimiento obrero organizado representado en la FORA. Como un intelectual orgánico y autopromovido en intérprete de la doctrina anarquista, atacó sistemáticamente el clasismo de corte marxista existente en el seno del movimiento gremial al que asimilaba ya el socialismo, ya el sindicalismo. Sus ideas básicas en el tema giraban en torno de la negación de la lucha de clases y de la existencia de una élite revolucionaria formada por intelectuales y pensadores encargada de educar y concientizar a la masa de trabajadores. Según su criterio, el cambio social y la revolución no estaban condicionados por la lucha de clases sino por la lucha del pueblo contra sus explotadores. Pueblo era una categoría más abarcadora que englobaba mayoritariamente una inmensa gama de trabajadores pero también a los miembros de profesiones liberales, comerciantes y hasta “capitalistas de toda especie”. Esta amplia idea de pueblo incluía también a los desheredados en términos generales (enfermos, viejos, niños, miserables, prostitutas) y en ella está latente la concepción bakuninista de la energía política de las masas y del pueblo como depositario permanente de la semilla de la revolución social. En este sentido, toda la energía revolucionaria estaba colocada contra la autoridad del Estado que representaba a los factores de explotación y de opresión, de poder y de sometimiento de toda la sociedad (pueblo) expoliada y no de una clase en particular.

De este razonamiento se desprendía que la lucha de clases no era un hecho anárquico

[...] y no es anárquico porque los anarquistas no van precisamente contra una clase social, ni contra un sistema económico, ni proceden ellos exclusivamente de una de-

terminada clase social sino de todas. Van contra un principio –el principio de autoridad– contra la organización social que es autoritaria en todos los órdenes de la vida desde el político hasta el moral y desde el intelectual hasta el económico, y contra todas las clases sociales que se opongan a la libertad, a la anarquía.¹⁰

Para Gilimón la clase obrera era una cantera, la más importante de la sociedad, de donde el anarquismo habría de nutrirse y adquirir su fuerza fundamental, pero nada más. En su concepción, también los sectores dominantes podían nutrirse de la cantera obrera pues parte de ellos militaban en el bando opuesto ya fuese por no desprenderse de sus prejuicios serviles o de cierta veta autoritaria que era explotada por las fuerzas de seguridad, que reclutaban a sus miembros en las filas de los trabajadores. Por lo tanto, ser obrero no representaba un atributo en sí mismo, a lo sumo los trabajadores podrían llegar a adquirir una conciencia mejorista a través de los gremios, pero la anarquía no era

[...] un sistema de mejoras sino la abolición de todo principio de autoridad... que la adquieren otros hombres que pertenecen a distintas clases sociales, vale decir, todos los que tienen un elevado concepto de su individualidad, de la dignidad humana, de la libertad.¹¹

En definitiva, la lucha crucial en la que se jugarían los destinos del porvenir no enfrentaría a capitalistas y obreros sino a los autoritarios (opresores) y a los libertarios (oprimidos).

Frente al concepto de lucha de clases o, más aun, de conciencia de clase marxista que penetraba el discurso anarquista por varios puntos, los *doctrinarios puros* bregaban por

¹⁰ Eduardo Gilimón, “La Anarquía”, *La Protesta*, 20 de agosto de 1908.

¹¹ *Ibid.*

una conciencia moral basada en valores que apelaban al individuo, a la libertad, a la rebeldía o a la dignidad humana. Pocos años después, Diego Abad de Santillán, presionado por el impacto de la revolución bolchevique y la propagación del comunismo marxista entre los trabajadores radicalizados, ratificaría la postura anticlasista. Insistía con la idea de que ser proletario no era suficiente para convertirse en revolucionario: “la demagogia marxista atribuyó a los trabajadores una razón histórica fatal y se esmeró en divulgar la idea del proletariado como clase; partiendo de este punto de vista, toda escisión de esa clase unitaria sería un atentado contra los intereses revolucionarios”.¹² Santillán sostenía que esta premisa era totalmente falsa pues no consideraba al proletariado como una clase unitaria sino como un conjunto inconexo de seres humanos que si bien nutría a los contingentes revolucionarios también, coincidiendo con Gilimón, abastecía de materia prima a los opresores:

[...] en el obrero revolucionario está por encima el hombre que el obrero. Por encima del concepto del proletario está el concepto de la humanidad; en la conciencia del proletario que lucha por un mundo mejor encontraréis en primer lugar la dignidad humana ultrajada por la tiranía o la opresión y sólo en segundo plano el zapatero, el albañil, el carpintero.¹³

Esta ausencia de una cosmovisión clasista de la sociedad dotó al anarquismo de la aspiración de representatividad universal de los explotados en términos generales, acercándose a la idea del hombre desarraigado. Un hom-

bre desarraigado visto desde una perspectiva ética y cultural que privilegiaba en su análisis elementos educacionales, culturales y morales frente a las caracterizaciones específicamente socioeconómicas; los hombres no se diferenciaban por el lugar ocupado en la sociedad sino por los ideales que profesaban y, en este sentido, las clases sociales nacían y existían más en el pensamiento que en la realidad concreta. El hombre era antes que nada individuo y esta condición adquiría mayor relevancia que la pertenencia a una clase social determinada y cuando asumía el ideal libertario se identificaba con el universalismo del anarquismo y no con el particularismo de la clase obrera. Sin llegar al extremo de negar absolutamente la lucha de clases, la instalaban en un segundo plano puesto que para ellos los intereses de clase no expresaban necesariamente un ideal revolucionario.

El posible atractivo de esta visión parecía residir en que la doctrina libertaria no sólo brindaba una salida al obrero alienado o al intelectual desplazado o marginado de las élites culturales, sino también a aquellos sectores que, aspirantes a pertenecer a la clase media, habían quedado excluidos del proceso de ascenso social. Aunque en una escala menor, como ocurriera con el cartismo inglés, el anarquismo supo interpretar con su lenguaje político la miseria y el descontento popular y parece haber brindado respuestas para el malestar y los estados de ánimo insatisfechos.¹⁴ Estas propuestas deben haber tenido su peso en el Buenos Aires de principios de siglo que, si bien permitió de manera amplia el ascenso social, también destruyó la ilusión de muchos. El anarquismo creía que la frustración de las expectativas de mejoramiento material de los ilusionados inmigrantes abría un

¹² Diego Abad de Santillán, “Suplemento semanal de *La Protesta*”, en Frank Mintz y Antonia Fontanillas, “Diego Abad de Santillán. Historia y vigencia de la construcción social de un proyecto libertario”, en *Suplementos. Materiales de trabajo intelectual*, Barcelona, Anthropos, Editorial del Hombre, No. 36, enero de 1993, p. 14.

¹³ *Ibid.*, p. 16.

¹⁴ Gareth Stedmann Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 91.

camino de segura adhesión a su causa. El diálogo de dos deportados –imaginado por Gilimón– en la cubierta de un barco que los trae de regreso al país desde España expresa bien esa concepción:

¿Ves éstos? –sostiene el interlocutor del autor, refiriéndose a los inmigrantes que viajan hacia Buenos Aires–. Son futuros anarquistas. Cuando la decepción llegue; cuando sus ilusiones de hoy se desvanezcan; cuando la realidad brutal les hiera, se irán su republicanismo y americanismo al diablo. Van engañados y el desencanto los enfurecerá. Sí –responde el autor–. Si en vez de ilusionarlos, les expusieran un cuadro real y verdadero de lo que es Argentina, vendrían igualmente, porque aunque la vida en América es más ingrata que en España, siempre hay alguna mayor ventaja económica y no tendrían que desesperarse y volver contra su país, siendo elementos de desorden, usando el vocabulario y el modo de ver de los gobiernos. Y aunque sea doloroso para estas pobres gentes, tal vez sea mejor así. El progreso requiere, como los dioses antiguos, sus víctimas.¹⁵

Los anarquistas volcaron todo su esfuerzo en ese sentido e intentaron denodadamente vencer a esas “víctimas”, apuntando precisamente a esa zona de desilusión, de frustración y de deseos no satisfechos, explotando muy bien el descontento, la decepción, la bronca y el resentimiento de los trabajadores que no lograban cumplir los sueños que habían motivado el desarraigo de su suelo natal y alcanzar el lugar ansiado en la sociedad. La desilusión material de los oprimidos debía trastocarse en conciencia revolucionaria. Bastaba una manifestación de protesta a modo de chispa para que los militantes libertarios aportaran el combustible para encender

la hoguera. Por eso dirigieron y alentaron la huelga de inquilinos de 1907 mientras el Partido Socialista se debatía en una discusión sin salida para determinar si una rebelión de consumidores constituía o no una huelga en el sentido clásico; lucharon por los presos políticos y sociales; apoyaron conflictos cuasi ludditas como la lucha de los obreros cigarros contra la incorporación de máquinas modernas;¹⁶ denunciaron en grandes titulares en sus periódicos el maltrato a que eran sometidos los conscriptos en el ejército e, incluso, intentaron organizarlos;¹⁷ criticaron duramente la persecución de las prostitutas o efectuaron llamados sin éxito a la policía a plegarse a las filas de la rebelión de los oprimidos. Indudablemente la heterodoxia clasista, reforzada por la forma pasional y casi dramática de emitir sus discursos, fue una de las claves de su arraigo entre los sectores populares en los momentos de conflicto. Aunque es probable que en determinados conflictos obreros el mensaje de socialistas y anarquistas haya sido muy similar, intercambiable si se quiere. Es allí donde adquiriría importancia la forma de emisión del discurso libertario, dramática, elocuente, acompañada de una

¹⁶ Una vez más las contradicciones; fervientes defensores del progreso, aplaudieron la mecanización y el maquinismo en tanto significara un alivio y ahorro del trabajo humano y de hecho consideraban a las máquinas un elemento vital del bienestar de los hombres en la sociedad futura; pero cuestionaban la desocupación provocada por las máquinas en un régimen de tipo capitalista puesto que los empresarios no buscaban mejorar las condiciones de trabajo sino mejorar su rentabilidad. Mientras existiera este tipo de relaciones sociales de producción algunos proponían, junto a la huelga, la destrucción de cuanta máquina privara de su trabajo a los obreros. Véase, por ejemplo, Carmelo Freda, “Dinamita a las máquinas”, *Fulgor*, No. 2, 25 de marzo de 1906.

¹⁷ No sólo publicaban frecuentes notas de carácter antimilitarista en la prensa partidaria sino que también editaron periódicos específicamente pacifistas como *El cuartel* (1909) o *La luz del soldado* (1909-1914), que alcanzaron una importante difusión. Véase Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, cap. VII.

¹⁵ Eduardo Gilimón, *Hechos y comentarios*, Buenos Aires, Imprenta B. Puey, 1911, p. 104.

gestualidad exagerada y acentuando siempre el carácter binario de su discurso. Los dirigentes socialistas Jacinto Oddone y Enrique Dickman recalcan estas características (irracionales a su criterio) y reconocen que atraían a los trabajadores. Pero el arraigo libertario entre los sectores populares fue efímero puesto que no se tradujo en una conversión masiva de éstos a las filas anarquistas.

En realidad, los anarquistas no lograron atraer masivamente a sus filas a los obreros, sólo fueron eficaces para articular sus reivindicaciones de manera coyuntural. La heterodoxia ideológica, la dinámica de su acción práctica y la “categórica frontalidad”¹⁸ permitieron al anarquismo adaptarse perfectamente a una sociedad de carácter aluvial, excesivamente cosmopolita, con un mundo del trabajo heterogéneo y en continuo movimiento y transformación, ofreciendo respuestas inmediatas a las necesidades cotidianas y a las expectativas de una vida mejor de los trabajadores. La constitución de sociedades de resistencia, círculos culturales, escuelas alternativas y la construcción de una amplia red de prensa tendieron a cubrir y satisfacer esas demandas. Para cubrir estas esperanzas no parecían necesarias grandes disquisiciones teóricas ni una extremada coherencia ideológica. Sólo había que estar allí donde aparecieran las demandas y, en este sentido, el anarquismo pudo cubrir ciertas expectativas populares en el corto plazo pues ofreció un efectivo marco de contención en una sociedad donde pocos cubrían ese rol.

Las prácticas anarquistas de la primera década del siglo adquirieron características de una militancia de urgencia, resultado de la convergencia de dos procesos diferentes. Por un lado podría explicarse la urgencia revolu-

cionaria anarquista como la respuesta a un proceso socioeconómico de cambios bruscos y acelerados, signado por el carácter aluvial de la sociedad urbana argentina con altos niveles de movilidad horizontal y vertical que, indudablemente, generaron dificultades y precariedades en la constitución de una identidad común de los trabajadores. Tal vez las características de este proceso social, económico y cultural hayan contribuido a abortar, hacia adentro del movimiento libertario, un crecimiento y desarrollo de la elaboración teórica en detrimento de la búsqueda de respuestas rápidas y contundentes a un proceso tan cambiante. Da la impresión de que se hubiera apoderado de los activistas cierta urgencia por organizar su acción y golpear sistemáticamente al sistema para cambiar la sociedad aunque, paradójicamente, las referencias a esa utópica sociedad futura no haya merecido demasiadas reflexiones mas allá de la notable excepción constituida por la utopía construida por Pierre Quiroule.¹⁹

Por otro lado, la militancia de urgencia encuentra una explicación en la misma concepción libertaria. Significaba subordinar el pensamiento a la acción y, en cierta forma, la planificación a largo plazo del proceso revolucionario por un inmediatismo aunque esta última afirmación no sea del todo verdadera puesto que algunos autores sostienen la convivencia en el movimiento libertario de dos posturas ante el modelo de sociedad: por un lado el espontaneísmo, tributario del individualismo, que se resistía a cualquier planificación por autoritaria y por atentar contra la

¹⁸ La oportuna expresión pertenece a David Viñas, *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 219.

¹⁹ Pierre Quiroule, *La ciudad anarquista americana*, Buenos Aires, La Protesta, 1914. Para un análisis de esta obra, véanse Felix Weinberg, *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1987; Fernando Ainsa, “La ciudad anarquista americana. Estudio de una utopía libertaria”, en *Caravelle*, No. 46, Toulouse, 1988; Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia A. Vázquez, *Utopías libertarias americanas*, Madrid, Tuero, 1991.

espontaneidad de las masas. Por otro, una línea constructiva, derivada de los organizacionistas que se esforzaban por anticipar un modelo de sociedad.²⁰

Y si bien es cierto que esta polémica existía y tensionaba el discurso anarquista, también lo es que la urgencia, el inmediatez y el intento de aceleración de los tiempos políticos constituían la impronta dominante del movimiento anarquista local en su conjunto y se justificaba por una concepción, en parte utópica, que ponía el énfasis en objetivos que iban más allá del presente, como la destrucción del Estado en forma total, definitiva, sin etapas intermedias (contra el gradualismo socialista) y sin mediaciones del tipo dictadura del proletariado ni de ninguna clase social. Existía la convicción de que era el movimiento espontáneo el que creaba las condiciones para el progreso del ideal anarquista. Esta forma de movimientismo era una manera de privilegiar la acción por sí misma apuntando, más que a la concreción de objetivos concretos, a la realización repentina de un fin abstracto que los llevaba constantemente a impulsar nuevas acciones espontáneas.²¹ Esta manera de analizar el cambio desembocaba en la necesidad de golpear sistemáticamente a las instituciones integrantes del Estado capitalista.²² Así, en cada acción en donde in-

tervenían extremaban las posiciones, tensando siempre la cuerda para llegar un poco más lejos. La idea del todo o nada, de alcanzar sus objetivos en forma inmediata se hallaba a menudo presente en su horizonte: “los hombres libres deben ir derecho a la conquista del pan y no detenerse a recoger migajas”.²³

Esta militancia de urgencia privilegiaba la acción y la propaganda y, en ese sentido, relegaba la teoría a la descripción sistemática y reiterada de los problemas sociales. La enorme mayoría de artículos publicados en los distintos medios periodísticos locales hacían referencia, generalmente desde una perspectiva moralista, a los males de la sociedad capitalista: la perversión del Estado, la hipocresía y la lujuria de la iglesia, la codicia y el carácter explotador de la burguesía o el sufrimiento del proletariado, para mencionar algunos de los tópicos más importantes. Había un hilo conductor en la forma de abordar todos estos temas consistente en cierto grado de abstracción e intemporalidad, que ocultaba la especificidad de la sociedad en la que estaban operando políticamente.

Precisamente, las simplificaciones de la producción anarquista local no se limitaron al campo del pensamiento teórico abstracto sino también, y esto es lo que interesa aquí, a las formas de pensar, mirar y analizar la sociedad argentina. Predominaba una tendencia a analizar la sociedad concreta y real desde vagas postulaciones generales, de un alto grado de abstracción, a partir de las cuales parecía difícil elaborar interpretaciones y conclusiones medianamente certeras. Y aunque hayan demostrado una notable adaptación y pragmatismo ante el conflicto social en las prácticas concretas, los activistas que se dedicaban a

²⁰ L. Gómez Tovar, R. Gutiérrez y S. A. Vázquez, *op. cit.*, pp. 37-43.

²¹ Sobre el componente espontáneo e insurreccional en el anarquismo, véase Gian Mario Bravo, “El anarquismo”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, cit., pp. 29-36.

²² Algunos historiadores del anarquismo abonaron la idea del espontaneísmo y la falta de componentes utópicos, por ejemplo George Woodcock, *El anarquismo*, Barcelona, Ariel, 1979, p. 25. Desde el marxismo siempre se criticaron los rasgos inmediatezistas y últimamente un autor, a la luz de las movilizaciones del mayo francés de 1968, ha denominado a estos rasgos, casi peyorativamente, como “impaciencia revolucionaria”. En una explicación con un fuerte sesgo psicologista se sostiene que los anarquistas son (y eran) impacientes en tanto no pueden y no saben esperar las coyunturas revo-

lucionarias adecuadas, pensando la revolución como un acontecimiento actual, siempre posible. Véase Wolfgang Harich, *Crítica de la impaciencia revolucionaria*, Barcelona, 1988.

²³ *El Rebelde*, 12 de enero de 1902.

pensar la sociedad no acertaban a elaborar diagnósticos relativamente certeros, en tanto repetían mecánica y machaconamente fórmulas en las cuales las connotaciones negativas o positivas de los actores sociales poco se diferenciaban aquí de las elaboradas en cualquier otro lugar del mundo. Deliberadamente o no, los propagandistas locales eran poco sutiles a la hora de definir los diversos grupos sociales y la crítica era centralmente moral. Así, los burgueses, los trabajadores, los sacerdotes, los militares o los funcionarios estatales aparecían despojados de los matices nacionales o locales. Un patrón, un obrero, un cura, un general o un ministro tenían las mismas connotaciones aquí, en Italia o en cualquier otro país. Esta falta de diferenciación de las especificidades nacionales no se debía sólo a la tendencia internacionalista inherente a la doctrina anarquista. También hay que tener en cuenta el grado de movilidad geográfica y la escasa permanencia en el lugar de quienes escribían en los periódicos y revistas locales. En múltiples ocasiones estos propagandistas eran individuos recién arribados al país y tanto su pensamiento como su discurso estaban cargados de influencias del lugar de origen. Así, la lectura de la sociedad local estaba teñida por transposición mecánica de las vivencias anteriores.

Por otro lado, y a pesar de la influencia positivista, la pasión por la observación y la cuantificación de los datos de la realidad económica y social estaban casi ausentes de sus análisis. Predominaba la denuncia moralista y ni en la prensa periódica ni en los numerosos libros y folletos publicados durante este período se perciben diagnósticos estructurales sólidos. Pocos años después del período analizado en este trabajo, Abad de Santillán reconocería el escaso apego del movimiento libertario a analizar los problemas del presente:

[...] aparte de alguna que otra campaña pro presos vivimos demasiado al margen de la

vida económica, política y espiritual de la época; nos hemos retraído demasiado, desinteresándonos por todo lo que no tiene una atingencia inmediata y bien visible con nuestras ideas. Esto nos condena más y más al aislamiento.²⁴

Sin duda ésta fue la impronta dominante en el anarquismo local que, sin embargo, adquirió un peso relativamente importante en la sociedad urbana de comienzos del siglo. Aunque, si se considera un plazo de tiempo más largo, las propuestas anarquistas se habrían demostrado repetitivas y poco flexibles a los cambios que, aceleradamente, se producían en distintos niveles de la sociedad argentina, especialmente en la esfera política. Por ejemplo, la postura libertaria contraria a la nacionalización de los extranjeros para participar de la política electoral puede haber sido adecuada a comienzos de siglo, con un sistema electoral predominantemente restrictivo, pero no lo era tanto quince años después, con la vigencia de la ley Sáenz Peña. La rigidez doctrinaria y la falta absoluta de pragmatismo alejaban al anarquismo de las masas. Frente a estas transformaciones, la escasa predisposición a analizar teóricamente el abanico de problemas que cruzaban la sociedad argentina, sumada a la rigidez doctrinaria, se habrían convertido en serias trabas para la comprensión, y posterior transformación, de una realidad que se les escapaba de las manos rápidamente. De todas maneras, el interrogante subsiste pues aquí nos interesa desentrañar la relación entre la escasa atención analítica sobre la sociedad local y su relativa inserción entre los trabajadores en el momento de auge del anarquismo.

²⁴ Diego Abad de Santillán, "Los anarquistas y la política colonial de los estados civilizados". El artículo fue publicado en el suplemento semanal de *La Protesta* del 12 de enero de 1925. Tomado de Diego Abad de Santillán, "Historia y vigencia de la construcción de un proyecto libertario", en *Suplementos. Materiales de trabajo intelectual*, Barcelona, Anthropos Editorial del Hombre, enero de 1993, p. 21.

Si bien la respuesta es compleja, puede sostenerse, en principio, que no existe una relación necesaria y mecánica entre la intensidad del conflicto social y la intensidad de la producción ideológica. La coherencia y la profundidad teórica no son requisitos indispensables para atraer a las masas a un movimiento político. Tanto el radicalismo como el peronismo bien podrían ser un ejemplo en ese sentido. En un estudio sobre esta misma problemática para el anarquismo español se sostiene con acierto que

[...] una ideología no es un todo acabado; responde, en todo caso, a las necesidades

de la sociedad y, de no ser así, su capacidad de movilización desaparece. Lo importante no es su grado de coherencia teórica [...] sino su fuerza de aglutinamiento y credibilidad.²⁵

Y en esos componentes parece haber radicado la potencialidad del anarquismo local hacia comienzos del siglo XX. □

²⁵ Javier Paniagua, “Una gran pregunta y varias respuestas. El anarquismo español: desde la política a la historiografía”, en *Historia social*, No. 12, Valencia, invierno de 1992, p. 39.